

# RESURRECCIÓN O REENCARNACIÓN

Por Constantino Quelle<sup>1</sup>

## 1. INTRODUCCIÓN

Oriente y occidente forman, al igual que el yin y el yang, dos formas de entender y comprender el mundo. Pero lo mismo que el yin lleva en su interior el germen del yang, y viceversa, oriente y occidente sólo se comprenden cuando se asumen mutuamente.

Oriente es la expresión interior de la realidad; occidente es la expresión exterior de la misma realidad. Oriente es lo femenino, lo intuitivo, lo receptivo, mientras occidente es lo masculino, lo expresivo, lo fecundante. Uno y otro forman la visión social de la realidad humana. La fusión de ambos expresa, míticamente hablando, la plenitud de la sociedad<sup>2</sup>.

Adán y Eva expresan, en el contexto bíblico, las dos posibilidades de realización del ser humano. La fusión de ambas expresiones, es, asimismo, míticamente hablando, la plenitud del ser; Adán y Eva son más que el varón y la mujer, son el hombre. Al margen de cualquier concepto machista, afirmaremos que Adán y Eva son la expresión plena de la persona.

«Creó Dios al hombre». ¿Cómo? Macho y hembra. Para alcanzar al hombre hay que trascender tanto a Adán como a Eva. El Evangelio, que es la transcendencia del tiempo, proclama que han de existir dos para captar la divinidad. «Cuando dos o más estéis en mi nombre, allí estaré yo» (*Mt 18,20*). La individualidad se asume en la pluralidad.

Oriente se asume en occidente. Occidente se comprende en oriente. La new age es un movimiento que trata de trascender la bipolaridad. Crear una nueva forma de expresión donde oriente y occidente se complementen dando peso a una nueva realidad.

La Biblia con el mito de Adán y Eva nos muestra la necesidad de este trascenderse. Allí nace la nueva realidad: (=la persona). La visión que de la realidad tiene Adán no es que sea distinta a la de Eva (que lo es), es que complementa a la de Adán. Pero la auténtica visión humana es la que brota de los dos cuando se trascienden y se hacen uno.

---

<sup>1</sup> CONSTANTINO QUELLE es teólogo.

<sup>2</sup> Desde la visión bíblica de la antropología humana, hemos tratado de unificar el pensamiento religioso de oriente y occidente en nuestra obra *Biblia y búsqueda de Dios*. Madrid 1995.

Adán asume su auténtica yoedad cuando exclama: «¡Esta si que es carne de mi carne!» (*Gn 2,23*). Eva no es para Adán algo ajeno a su realidad. Eva forma parte de Adán igual que cada uno de los órganos de su cuerpo<sup>3</sup>.

Oriente y occidente son dos culturas distintas y complementarias. Como Adán y Eva se necesitan para trascenderse, para crear la nueva realidad donde el yin y el yang se unifiquen<sup>4</sup>.

Sus distintas visiones de la realidad han creado religiones tan dispares que parece imposible la reconciliación. Sin embargo, el hombre religioso presiente que la reconciliación siempre es posible. Lo importante no es la formulación de los dogmas religiosos, sino lo que con dicha formulación se desea expresar.

La new age busca trascender las formulaciones de todo tipo. Si cabe, más aún, las religiosas. En el tema que nos ocupa: reencarnación-resurrección, estamos tocando la síntesis religiosa de oriente y occidente. Millones de creyentes por creer en la reencarnación, no admiten las tesis resurreccionistas. Millones de cristianos por creer en la resurrección rechazan a los que afirman que la reencarnación es posible.

Como católico (es decir, universal), vamos a intentar que nuestro credo sea auténticamente universal. Para ello, trascendiendo nuestra fe en la resurrección, nos acercaremos hasta la creencia en la reencarnación, intentando que una nueva visión surja de la fusión de ambas expresiones.

Desde la visión crística de la historia creemos que el intento es posible. Cristo asume la humanidad para que, a su vez, la humanidad sea asumida en Dios. Desde Dios la pluralidad queda plenamente unificada, universalizada. Si fuera de Él, nada existe, debemos asumir y aprehender todo lo que de hecho, existe. La reencarnación existe para millones de creyentes. ¿Qué puede decir un católico (= universal) de esta creencia, cuando la compara con su fe en la resurrección? A continuación exponemos una hipótesis de trabajo como aportación a la cultura de la new age.

## **2. EL «MÁS ALLÁ» DESDE LA VISIÓN CRISTIANA**

Conviene, en orden a centrar debidamente la cuestión, aclarar, previamente, la aparente contradicción que existe en la visión que, desde la óptica cristiana se tiene del «más allá». Efectivamente, el creyente puede

---

<sup>3</sup> La expresión adánica «carne de mi carne», va más allá de la materialidad de lo físico. Expresa la diferencia corporal existente entre la carne animal y la humana. Desde esta perspectiva ha de ser traducido el concepto de «cuerpo» en el mundo semítico. Se impone trascender la materialidad donde se capta. Este dato nos parece de relevante contenido al estudiar el tema de la reencarnación.

<sup>4</sup> Toda la sabiduría del yin y el yang se encuentra condensada en el mejor libro que traducido al idioma castellano, se ha escrito hasta el momento: WILHELM, R.: *I Ching. El libro de las mutaciones*, Barcelona 1977.

constatar que en los textos bíblicos el «más allá» se revela de diferentes formas, aparentemente, antagónicas.

La solución a esta contradicción, nos puede, asimismo, ayudar a encontrar un punto de encuentro entre la creencia en la reencarnación y la fe en la resurrección.

Las tesis opuestas, desde la óptica cristiana, nacen allí donde se afirma, por una parte, que el «más allá» viene aprehendido con categorías resurreccionista, y por otra parte, donde se indica que, tras la muerte, la vida continúa, aunque con categorías distintas a las experimentadas en el más acá.

Previamente a estas tesis paulinas que emanan del evangelio, nos encontramos con otra aparente contradicción. El Antiguo Testamento expresa la ascensión del «más allá» con un término denominado «Sheol». Este término pierde todo su valor en los evangelios. ¿Por qué? Responder y aclarar estas contradicciones nos servirá de base para exponer una hipótesis de trabajo que nos permita, asimismo, aunar y complementar el término reencarnación con el de resurrección.

## **21. El «más allá» y el «Sheol»**

En el Antiguo Testamento, el hombre no puede soñar con alcanzar la eternidad. Ésta, y el semita lo sabe muy bien, pertenece únicamente a Dios. Toda la felicidad del hombre consiste en vivir largos años en paz y prosperidad: hijos, ganados, tierras; en definitiva, gozar de las cosas que Yahvé ha puesto en el mundo. Los grandes patriarcas reflejan esta actitud ante la vida<sup>5</sup>. No obstante, la experiencia parece demostrar que no siempre el justo es más afortunado que el malvado. Con frecuencia el justo es desposeído de todo, precisamente por no querer renunciar a ser poseído por Yahvé. Por otra parte, el infiel posee riquezas, tierras. El malvado toma por esclavo al justo. El orden del mundo ha desaparecido. Dios no habla a su pueblo. ¿Qué sucede? Las voces de los grandes profetas se alzarán para hacer comprender al hombre que Dios sigue hablando; pero, sin embargo, su pueblo ya no sabe escuchar<sup>6</sup>. Y el justo, ante la nueva llamada de Dios, por labios de sus profetas, vuelve a oír a su creador. A partir de entonces comprende que Dios no le abandona. Que todo su infortunio es debido a que el pueblo no escucha a Yahvé. La desgracia no emana de la divinidad, se la encuentra Israel por su infidelidad.

El profeta anuncia que el fiel a Yahvé no será abandonado. Su desgracia será recompensada. Para ello es necesario continuar teniendo fe. Y a través de la fe, el hombre sabe que morir por Dios equivale a tener derecho a una nueva vida. Cuando llegue el día de Yahvé, el infiel conocerá quién es el creador del

---

<sup>5</sup> El tema del «más allá» en el Antiguo Testamento viene desarrollado en el libro de POZO, C.: *Teología del más allá*. Madrid 1992.

<sup>6</sup> «Rezar no es hablar a Dios, sino escuchar a Dios que nos habla». Cf. EVELY, L.: *La oración del hombre moderno*. Salamanca 1969, p. 33.

universo. Cuál es su pueblo elegido. En este día la prueba habrá terminado. Y al toque de la trompeta todos los justos, muertos por dar gloria a Dios, resucitarán. La vida, que les fue arrebatada por la injusticia del mundo, les será devuelta. El creyente volverá a labrar la tierra, criar ganado y vivir en paz, igual que sus antepasados. Sin miedos que turben el don más grande que ha recibido de Dios: la vida.

De esta forma sencilla, pero razonable, Dios va abriendo nuevos caminos para que el hombre siga avanzando en su continuo peregrinar. Sólo así puede entender que, tras la muerte, hay un compás de espera, un tiempo, en el que los justos aguardarán el premio arrebatado. ¿Dónde permanece el hombre en el tiempo intermedio entre la muerte y la nueva vida?<sup>7</sup> En el «Sheol». Con este nombre, los semitas entendían el «más allá». Un «más allá» vinculado con el tiempo de espera entre la muerte y la resurrección. El «Sheol» era la patria donde los muertos fieles a Yahvé esperaban la llegada de la recompensa prometida

Y Dios en Jesús, que es Cristo, anuncia con su resurrección la llegada del día de Yahvé<sup>8</sup>. La temporalidad del «Sheol» queda rota ante la eternidad que Cristo brinda al hombre. Cuando un individuo muere al tiempo (vida terrena), se encuentra con la eternidad (vida divina). La resurrección que Cristo dona a la humanidad no es la que ella imaginaba: vivir felizmente hasta la muerte. Cristo da la vida «más allá» de la muerte, donde ésta ya no tiene razón de ser.

A tenor de lo expuesto, sería fácil aventurar que, tras la muerte, el creyente pasa inmediatamente a vivir en Cristo. Sin embargo, no se puede olvidar que los textos sagrados hablan de resurrección al final de los tiempos. ¿Puede Dios, a través de su palabra revelada, contradecirse? O, por el contrario: ¿sería posible encontrar una conciliación entre ambas tesis? Es más, si tal simbiosis pudiera realizarse, ¿no podríamos, asimismo, conciliar el binomio reencarnación-resurrección?

Siguiendo la exposición paulina, antes mencionada, se tratará de despejar esta incógnita. Para ello, y en primer lugar, se estudiarán brevemente los textos donde el apóstol habla de resurrección al final de los tiempos.

## **22. El «más allá» y la resurrección final**

En la carta que Pablo dirige por primera vez a la comunidad de Tesalónica trata de responder a diversos problemas planteados por la misma. No en vano, el apóstol era el fundador de la comunidad y su autoridad estaba plenamente reconocida. En este primer escrito a los tesalonicenses, cuando el apóstol trata de despejar la incógnita del «más allá», lo hace en términos resurreccionistas: «al llegar la parusía, los muertos serán resucitados y,

---

<sup>7</sup> El tema del «Sheol» ejerció gran influjo en la reflexión teológica del pensamiento hebreo. Esta preocupación por el «más allá» fue compartida por todos los pueblos orientales.

<sup>8</sup> Sobre el tema escatológico referido al día de Yahvé sigue estando vigente el trabajo realizado por SALAS, A.: *Discurso escatológico preluano. Estudio de Lc XXI, 20-36*, El Escorial 1967.

juntamente con quienes vivan aún integrarán el reino escatológico en su fase de gloria y triunfo» (4,17).

Es fácil comprobar que esta solución entronca con la tesis expuesta en el libro de *Dan* 12,1-3, donde los justos, que han muerto por dar gloria a Yahvé, resucitarán para integrar el reino de Dios. Sin embargo, y a pesar de la similitud con el libro de Dan, la respuesta paulina dispone de elementos ignorados por la tradición judía. Efectivamente, Pablo, aunque judío, también es cristiano. Su experiencia en Damasco le ha llevado a vivir la resurrección final. Asimismo, los tesalonicenses se alimentan de la vida que Cristo consiguiera en Pascua. De ahí que la resurrección esperada por el judaísmo tardío, es ya experimentada, de alguna forma, por las primeras comunidades cristianas.

Diversos autores afirman que la resurrección prometida por Pablo sigue teniendo la tierra como escenario. Mas cabe preguntarse: ¿Acaso Pablo no expone sus ideas bajo la temática dada por Dan? Conviene ver, por tanto, los elementos nuevos introducidos por el apóstol, para entender la diferencia existente entre una y otra tesis resurreccionista.

Si el «más allá» de *1Tes* tiene como escenario la tierra, la vida experimentada por el justo tras la resurrección es totalmente distinta a la que imaginara el libro de Dan. Para ello, obsérvese cómo Pablo presenta a todos los justos -los aún vivos y los recién resucitados- saliendo a recibir al Señor en los aires. Es evidente que si tal encuentro puede realizarse en los aires, previamente ha sido necesaria una transformación. Pablo, que piensa seguir vivo cuando llegue el Señor, se cuenta entre quienes saldrán a su encuentro en los aires, porque la transformación experimentada parcialmente en Damasco «explosionará» en su ser.

Los tesalonicenses entendieron perfectamente que el Señor, al que tendrían que recibir, era el soberano del mundo. De no ser así, ¿por qué recibirlo fuera de los dominios de la tierra (=los aires)? La respuesta a este interrogante viene dada en la costumbre que existía entre los griegos de salir a recibir al soberano de la ciudad fuera de los límites de la misma. Pues bien, ¿cuál es la ciudad de Cristo? La tierra. ¿Dónde situar los límites de la tierra? En los aires. De ahí que, para encontrarse con Cristo en la pararía, es necesaria una total y plena transformación corporal. Caso contrario, ¿cómo podrían remontarse en los aires para dar la bienvenida al Señor? Se ve que el apóstol, aunque usa el mismo escenario que Dan, introduce actores completamente diferentes y la obra que representan, jamás la podría imaginar el autor veterotestamentario.

La tesis resurreccionista viene, asimismo, avalada en *1Cor*. Su enfoque es muy parecido a *1Tes*, aunque el horizonte escatológico parece haber retrocedido. Y ello, porque en apariencia, el apóstol ya no se encuentra tan convencido de estar vivo en el momento final: «no todos moriremos, pero todos seremos transformados» (*1Cor* 15,50). Si la parusía ha retrocedido para el apóstol, la comprensión de la misma es más nítida y clara en su mente. Pablo

desconoce el momento de la resurrección, pero sabe cuándo será posible vivir en Cristo: «Cuando esto corruptible se vista de incorruptibilidad y esto mortal de inmortalidad, entonces se cumplirá lo que está escrito: la muerte ha sido absorbida por la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria?; ¿dónde, muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado, la ley» (1Cor 15,54-56).

La respuesta que Pablo da a los corintios no tiene categorías temporales, sino teológicas. La resurrección final llegará en el momento en que el pecado haya sido vencido, es decir, cuando la muerte no exista. Sólo entonces los muertos resucitarán y los vivos serán transformados. La transformación de 1Cor es neumática (espiritual). Nada material puede alcanzar la incorruptibilidad. Cierto es que en este mundo el hombre necesita de la materia, dado que el universo conocido se rige por leyes materiales. No obstante, en un «mundo espiritual» todo se guía por el ruah (=pneuma). Y éste pertenece a la divinidad.

Puede, por tanto, afirmarse que las soluciones apuntadas en 1Tes y 1Cor son netamente resurreccionistas. El «más allá» sólo podrá alcanzarse cuando, llegado el fin de los tiempos, los justos resuciten y se unan a los vivos, que, a su vez, serán transformados. Todos ellos formarán el reino de Dios.

Contrariamente a lo expuesto hasta el momento, y conforme se apuntó más arriba, Pablo, en ocasiones, parece olvidarse de su tesis resurreccionista y habla del «más allá» con categorías del todo diferentes. Se verá brevemente cómo en la segunda carta que dirige a los corintios y en la que manda a los filipenses, la incógnita viene despejada con categorías de vida ininterrumpida.

### **23. El más allá y la vida continuada**

El cristianismo primitivo -concretamente la comunidad de Corinto- sabía por propia experiencia que el bautismo le había introducido en una nueva forma de vida. Cristo había recreado a los creyentes. No pertenecían ya a la humanidad representada en Adán. El hombre nuevo era poseído por la vida divina, a través de la fe en el resucitado. En definitiva, la resurrección era ya experimentada, aunque de forma condicionada, por todo creyente. Por ello el apóstol asegura que, tras la muerte, el justo pasará inmediatamente a vivir en Cristo. Sus palabras no pueden ser más expresivas: «Estamos, pues, siempre confiados, sabiendo que mientras habitamos en el cuerpo, caminamos lejos del Señor, porque caminamos en fe y no en clara visión. Pero estamos seguros y preferimos salir de este cuerpo para vivir junto al Señor» (2Cor 5,6-8).

Tras el óbito individual, no hay tiempo de espera. Las puertas de la muerte conducen inmediatamente a Cristo. La vida experimentada condicionalmente en este mundo se transforma en vida incondicionada. Entre una y otra forma de existencia no hay estado intermedio alguno. Sólo hay que traspasar una barrera: la muerte. Tras ella, la vida continúa. Pero ahora, plena,

transformada, sin condicionamiento alguno<sup>9</sup>. Y ello porque la materialidad que impedía al creyente saborear plenamente a Cristo ha quedado en el «más acá». La «dynamis» del resucitado puede penetrar sin obstáculo (= materia, pecado) y con toda su intensidad en aquél que, ya desde este mundo, suspira por el infinito de la divinidad.

El cristiano sabe -su experiencia en Cristo así se lo dice- que cuando muera no será necesaria la espera. El «Sheol» (tiempo tras la muerte) ha quedado anulado con Cristo. Después del óbito individual sólo hay eternidad. La conocida tesis de *Sab-Henoc* (estar en Dios) es entendida en todo su significado: El hombre entero estará en Dios tras la muerte. Jesús es el garante que avala semejante realidad. *Él* y no un elemento constitutivo de su ser «fue visto» después de su muerte física, resucitado (= viviente). El sigue «haciéndose visible» a los hombres, que se adhieren a él mediante un nexo existencial.

La visión de vida ininterrumpida expuesta por Pablo en *2Cor* se hace personal en el apóstol cuando escribe a los filipenses. Aquí Pablo plantea la realidad de su propia muerte. Experimenta en su carne que ésta no debe andar lejos. Una duda asalta su mente: «Pues para mí la vida es Cristo y la muerte ganancia. Y, si bien el continuar viviendo es para mí fruto de apostolado, no sé qué elegir. Me siento apremiado por ambas partes: por una, anhelo la muerte para estar con Cristo, lo que es mejor para mí; por otro lado, continuar viviendo, lo que juzgo más necesario para vosotros» (*Ffp* 1,21-24).

En el planteamiento que hace el apóstol de su muerte, puede verse que la única barrera que le separa de estar con Cristo es su muerte física. Una vez que ésta se produzca, gozará inmediatamente de Dios. No puede existir duda alguna: Pablo, tras su óbito, piensa vivir la Vida. Ciertamente es que el apóstol conoce la importancia de vivir la muerte, es decir, de ser cristiano; de ahí la incertidumbre que reflejan sus palabras.

Esta incertidumbre es la que continúa experimentando la cristiandad. Y no en vano, pues el reino de Dios no es de este mundo. Sin embargo, es en este mundo donde cada hombre debe conseguir la entrada. Una entrada de agonía. Cuando se consigue (y no por los méritos propios, sino por los de Cristo), viene la duda: ¿qué será mejor, continuar en el mundo viviendo la muerte o entrar en el «más allá» muriendo a la vida? Las palabras de Jesús (*el que quiera salvar su alma la perderá y el que la pierda la salvará*) son fiel realidad de la duda del apóstol. El interrogante ha quedado planteado. La revelación bíblica ha dado respuesta al mismo. Una solución aparentemente contradictoria y que a continuación se tratará de unificar. Porque, ciertamente,

---

<sup>9</sup> Dado que nada material puede alcanzar la incorruptibilidad, se comprende que sea necesaria una previa transformación. Este tema lo expuso con toda claridad nuestro inolvidable amigo y compañero que ya hizo suya la transformación cuando abandonó este mundo. Nos referimos a SÁENZ DE SANTAMARÍA, M.: *Todos seremos transformados (1 Cor 15, 51 b). La Ciudad de Dios*, 184 (1971), pp. 580-600.

o se resucita al final de los tiempos o se experimenta la vida inmediatamente después de la muerte. Ambas tesis no pueden darse a la vez

#### **24. El momento de la resurrección según San Pablo**

Se han estudiado brevemente las respuestas que da el apóstol a la incógnita del «más allá». No obstante, se han omitido (intencionadamente) las preguntas que motivan tales soluciones. Ciertamente el apóstol no se contradice, sino todo lo contrario: sus respuestas se complementan. Son los distintos hilos de la madeja que hacen posible el tejido. Toda la revelación bíblica está llena de estas aparentes contradicciones, que hacen posible la historia de la salvación. Una historia que vista en su totalidad, es coherente, uniforme, perfecta, divina.

¿Qué interrogante se le plantea a Pablo cuando afirma que el «más allá» será alcanzado al final de los tiempos? Las primeras comunidades cristianas, que soñaban con la inminente venida de Cristo, comprobaban en su diaria experiencia cómo el creyente continuaba muriendo sin haber conocido el premio escatológico. Fácil es suponer que ante esta realidad los tesalonicenses, al igual que los corintios, pregunten a Pablo: ¿Qué sucederá con los justos que han muerto antes de que venga Cristo en su parusía? ¿Acaso el creyente, fallecido antes de la llegada de Cristo, no tiene derecho a formar parte en el reino de Dios? La pregunta es realmente angustiada. No en vano los primeros cristianos veían que sus seres más queridos dejaban este mundo, sin alcanzar el premio que tantos sacrificios les costaba. ¿Dónde estaba la justicia divina?

La justicia divina, que se encuentra allí donde el hombre pregunta, sale a calmar su sed de infinito. A los cristianos no les alcanzará la ira venidera (*1Tes 1,9s.*). No importa que hayan muerto al tiempo. «Porque el Señor mismo, a la señal dada por la voz del arcángel y al son de la trompeta de Dios, bajará del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primeramente. Después nosotros, los vivos...» (*1Tes 4,16s.*)

Obsérvese que Pablo, para tranquilizar a sus discípulos, no sólo afirma que los muertos también formarán parte del reino escatológico, sino que, además, los coloca en primer lugar: primero los muertos resucitarán y después los vivos se unirán a ellos. «¿Cómo algunos de vosotros dicen que no hay resurrección de los muertos» (*1Cor 15,12b*). Con esta pregunta, Pablo interroga a su comunidad corintia. No es posible ser cristiano y dudar de la resurrección. «Porque si no hay resurrección de los muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó vana es nuestra predicación y vana nuestra fe» (*1Cor 15,13s*). El creer en Cristo exige afirmar su resurrección. Y si el Jesús muerto resucitó, ¿cómo es posible dudar de la resurrección de los justos? Sólo admitiendo esta realidad tiene sentido el cristianismo.

Puede decirse que el verdadero problema planteado a Pablo viene dado en esta pregunta: ¿Quiénes compondrán el reino de Dios? La respuesta., ha podido observarse, es clara: La colectividad de los justos (=muertos + vivos).

La tesis resurreccionista es formulada por el apóstol cuando responde al interrogante sobre el destino de la comunidad. Mas, ¿y los individuos? ¿Qué sucedía con cada cristiano después de la muerte? ¿Adónde iba tras su óbito? ¿Qué destino le esperaba?

El interrogante que ahora formulan a Pablo es distinto del anterior; de ahí que también lo sea la solución. La integridad del reino escatológico está asegurada para todos los justos. Pero entre tanto, ¿dónde permanece cada individuo? *En Cristo*. Esto es evidente para el hombre de fe. El creyente, al traspasar las barreras del tiempo, se encuentra inmediatamente con la eternidad de Dios. Para él no hay espera, pues ya no existe el tiempo. Sus categorías de vida han dejado de ser medidas cronológicamente. En el «más allá» sólo hay una evaluación: el amor.

Resurrección y vida ininterrumpida son la misma realidad vista desde ángulos distintos. En la primera se responde desde el tiempo, pues hasta que éste no termine, el reino escatológico seguirá integrándose por cuantos comulguen con la doctrina del resucitado. En la segunda se responde desde la eternidad, pues cada justo que muere, al traspasar la temporalidad, vive, inmediatamente después de su óbito, en el infinito de Dios. Efectuando una simbiosis de ambas tesis, se podría concluir en la siguiente afirmación: 1) Final del tiempo para cada individuo = entrada inmediata en el reino de Dios. 2) Final del tiempo de la humanidad (entonces los vivos podrán comprobar que los muertos han resucitado) = entrada inmediata en el reino de Dios, que en ese preciso instante habrá sido ultimado.

El pilar que hace intuir razonablemente este misterio está cimentado en una verdad: más allá de la muerte no existe la temporalidad. Por otra parte, sólo así puede entenderse que la resurrección de Jesús de Nazaret salve a toda la humanidad Y ello porque al ocurrir más allá del tiempo, en el instante en que resucitó Él lo hace, asimismo, conjuntamente con Adán, el último de los seres humanos nacido de mujer. Ciertamente que esta realidad se objetivó temporalmente en un momento determinado (*en la plenitud de los tiempos*). No obstante, y gracias a estas experiencias, la humanidad puede hablar de revelación: la oscuridad se hace luz; lo divino, humano, el hombre, Dios; en definitiva, *el tiempo se hace eternidad*.

La evolución desde el tiempo hasta la eternidad reclama el paso teológico que va desde el «Sheol» hasta el concepto de eternidad celestial. El «cielo cristiano» no «cabe» en el «Sheol» semítico, aunque éste hizo posible aquél. No hay contradicción alguna entre «Sheol», resurrección y vida continuada. Son distintas expresiones con las que el creyente pretende aprehender el misterio. ¿Sucederá lo mismo con el concepto de reencarnación? ¿Dicen los textos sagrados algo al respecto? Estudiemos la reencarnación desde el mensaje bíblico.

### **3. LA BIBLIA Y LA REENCARNACIÓN**

A tenor de lo que llevamos expuesto podemos comprobar que existe toda una pedagogía divina que permite al ser humano ir captando el misterio que existe más allá de la muerte.

Ciertamente que el misterio, cuando se asume, no necesita explicación y cuando se explica deja de ser misterio. El «más allá», desde la visión bíblica, ha ido asumiéndose, que no explicándose, a través de los conceptos e ideas que tenía la sociedad semita.

Ahora bien, ¿los conceptos de «vida continuada» o «resurrección» eran ajenos a la idea de la reencarnación? ¿Existe en los textos bíblicos algún pasaje que nos hable de la reencarnación? La respuesta al interrogante planteado es afirmativa. Estudiemos brevemente qué dice la Biblia al respecto, para, posteriormente, tratar, asimismo, de aunar las aparentemente contradictorias formas de asumir el «más allá».

Si la contradicción entre vida continuada y resurrección ha podido ser aclarada, ¿podremos ahora aclarar el «antagonismo» existente entre resurrección y reencarnación?

Comprobemos, en primer lugar, qué dice el Antiguo y el Nuevo Testamento sobre la reencarnación.

### **31. La reencarnación en el Antiguo Testamento**

La enigmática figura de Elías ha servido de base en el A.T. para confirmar la existencia de la creencia en la reencarnación: «Iban caminando mientras hablaban, cuando un carro de fuego con caballos de fuego se interpuso entre ellos; y Oías subió al cielo en el torbellino» (2Re 2,11). Este pasaje bíblico, que ha dado pie a tanta literatura extraterrestre, ha servido, asimismo, en el mundo bíblico a interpretaciones varias.

¿Volvió Elías a reencarnarse? Estimamos que este término tal y como lo entendemos dentro de las religiones orientales no fue asumido por el pueblo de Israel. Cuando Malaquías expresa: «He aquí que yo os envío el profeta Elías antes que llegue el día de Yahvé, grande y terrible» (3,23), no habla de una reencarnación en otro cuerpo, sino de la vuelta al final de los tiempos del profeta elegido.

El libro del *Eclesiástico* se expresa en iguales términos: «Después surgió el profeta Elías como fuego, su palabra abrasaba como antorcha» (48,1). Surge el mismo personaje en la misma «encarnación»; no se trata, pues, de reencarnación. Elías fue arrebatado por el trascendente. Nadie puede llegar a las «moradas» y «altas cumbres» si no es arrebatado. Los caballos y carros de fuego son simbólicos. Los vehículos espaciales nada tienen que ver. Los espacios a recorrer no son siderales: corresponden a la mística más depurada del Antiguo Israel.

Elíseo no puede seguir a Elías. Estos caminos por ser interiores al individuo, son personales. El reconoce que el arrebató de Elías, aún siendo

personal, es universal y así exclama: «¡Padre mío, Padre mío! ¡Carro y caballos de Israel!» (2Re 2,12). El fuego que arrebató a Elías es el de Israel. El carro y los caballos que arrebatan a Elías son el carro y los caballos de Israel. Cuando la trascendencia (Yahvé) se hace inmanencia (Israel), éste, se trasciende. Y así Elías llegó hasta Yahvé. La historia del N.T. objetiviza esta verdad en la persona de Jesús de Nazareth.

El espíritu que arrebató a Elías es el mismo que posteriormente se introduce en Eliseo «habiéndole visto la comunidad de los profetas que estaban enfrente, dijeron: "El espíritu de Elías reposa sobre Elíseo"» (2Re 2,15). Esta perícopa podría suponer una reencarnación, ya que ahora es otro cuerpo quien tiene el espíritu de Elías. Sin embargo, esto no puede ser así ya que ambos profetas vivieron en el mismo tiempo y lugar. De ahí que la explicación lógica nos lleve a afirmar que el mismo arrebato que tuvo Elías comenzó a experimentarlo Eliseo, porque el espíritu de Elías no es otro que el espíritu de Yahvé que mora en todo Israel. Eliseo supo que los caballos y el carro de fuego eran de Israel desde los orígenes: «¡Carro y caballos de Israel!» (2Re 2,12). De igual forma, años después (el tiempo nada tiene que ver con la eternidad) el hombre «arrebato», el nuevo Israel que místicamente representaban los doce apóstoles fue inundado y «arrebato», en este caso por lenguas de fuego: «Al llegar el día de Pentecostés [...] Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse» (Hech 2,1-4).

El nuevo Israel (la Iglesia) ya está preparado para aprehender el misterio y éste, al trascender al tiempo, no precisa de lenguaje alguno. Llegar a la «noche oscura» de Elías no era posible sin trascender el tiempo, así tuvo que ser arrebatado de él para poder alcanzar la trascendencia. El cristiano que pertenece al nuevo Israel tiene un camino a seguir. Este camino no va a ser recorrido sobre un carro con caballos de fuego; ahora los caballos son lenguas de fuego. El mensaje crístico exige proclamarlo en el tiempo y ningún órgano puede hacerlo mejor que la lengua. El elemento fuego, como en el caso de Elías, simboliza el espíritu que aquí tiene ya un adjetivo determinado: Santo. El mismo Espíritu Santo que descansaba en Eliseo, sigue descansando en los doce.

La reencarnación, tal y como la entiende la sociedad budista, nada tiene que ver con todo lo expresado. Elías si hubiera vuelto a este mundo, lo habría hecho en el mismo cuerpo, ya que es él y no otro el que vuelve. Sin embargo, ¿cuál es el nexos, si existe, entre esta vuelta al mundo y la llamada reencarnación? Antes de responder, veamos qué dicen los textos evangélicos sobre la reencarnación.

## **32. La Reencarnación en el Nuevo Testamento**

El N.T. es resurreccionista. Jesús vuelve a este mundo, pero no es otro personaje. El Jesús resucitado no se reencarna en la materia: su «cuerpo

resucitado» siempre es el mismo. Con Jesús cambia el nuevo orden de la existencia y de la experiencia humana. Así como la reencarnación es de este mundo, la resurrección es de «otro mundo» aunque esté en éste.

Volviendo sobre la reencarnación, nuevamente nos encontramos a Elías: «Sus discípulos le preguntaron: ¿Por qué, pues, dicen los escribas que Elías debe venir primero? Respondió él: Ciertamente, Elías ha de venir a restaurarlo todo. Os digo sin embargo: Elías vino ya, pero no le reconocieron sino que hicieron cuanto quisieron. Así también el Hijo del hombre tendrá que padecer de parte de ellos. Entonces los discípulos comprendieron que se refería a Juan el Bautista» (*Mt 17,10-13*).

El texto es mucho más explícito que los rescatados del A.T. Aquí parece aceptarse la idea de la reencarnación. Elías es ahora Juan el Bautista. El cuerpo físico es distinto pero el personaje es el mismo.

«He aquí que yo envío mi mensajero delante de ti, que prepara por delante tu camino» (*Mt 11,10*). ¿Quién es este mensajero: Juan el Bautista: «En verdad os digo que no ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista...» (*Mt 11,1a*).

Juan el Bautista es el mensajero que iba antes de Jesús, pero, ¿quién es realmente Juan el Bautista? «Y, si queréis admitirlo, él es Elías, el que iba a venir. El que tenga oídos, que oiga» (*Mt 11,14*).

El evangelista Mateo afirma que Juan es Elías. En principio no se puede negar la posibilidad de una reencarnación bíblica. Mateo escribe para judíos; esto nos hace pensar que la idea de la reencarnación no era ajena al mundo judío. Aunque la interpretación a los pasajes citados puede ser metafórica o de carácter simbólico, la realidad es que el pueblo judío de la época de Jesús conocía y entendía alguna forma de reencarnación corporal.

El paralelo de Marcos confirma la tesis expuesta «Pues bien, yo os digo: Elías ha venido ya y han hecho con él cuanto han querido, según estaba escrito de él» (*Mc 9,13*). Dado que Marcos dirige su mensaje al mundo greco-romano, hemos de afirmar, asimismo, que al margen de que se trazara de una reencarnación simbólica, la idea de reencarnación era conocida, ya que caso contrario, no habría sido citada.

Esta tesis se confirma cuando el evangelista Mateo dice: «En aquel tiempo se enteró el tetrarca Herodes de la fama de Jesús, y dijo a sus criados: ese es Juan el Bautista: él ha resucitado de entre los muertos, y por eso actúan en él fuerzas milagrosas» (*Mt 14,1-2*).

Herodes expone en este caso que Jesús es Juan. Ciertamente que la traducción al texto habla de resurrección y no de reencarnación. Sin embargo, es obvio que si Jesús es Juan resucitado, dado que dicha resurrección se realiza en otro cuerpo, se trataría realmente de una reencarnación.

Las palabras de Herodes son confirmadas por el pueblo. El paralelo de Marcos no permite dudar al respecto: «Otros decían: Es Elías» (*Mc* 6,15). El pueblo de Israel, según Marcos, cree en la posibilidad de que Jesús sea Elías. «Al enterarse Herodes dijo: Aquel Juan, a quién yo decapité, ése ha resucitado» (*Mc* 6,16). De nuevo se afirma que Jesús es Juan. ¿Quién es realmente Jesús? ¿Juan? ¿Elías? La respuesta sólo puede darla quien haya sentido el arrebató de Yahvé.

Lucas, al exponer este dilema deja abierto el interrogante: «Se enteró el tetrarca Herodes de todo lo que pasaba, y estaba perplejo; porque unos decían que Juan había resucitado de entre los muertos; otros, que El que Elías se había aparecido; y otros, que uno de los antiguos profetas había resucitado. Herodes dijo: a Juan, le decapité yo. ¿Quién es, pues, éste de quien oigo tales cosas? Y buscaba verle (*Lc* 9,7-9).

La pregunta que hace Herodes no existe en los otros sinópticos. Mateo y Marcos reconocen que Herodes sabe que Jesús es realmente Juan. Lucas duda, ¿quién es? ¿Juan? Imposible, a Juan le decapité yo. La duda sobre la auténtica personalidad de Jesús se hace extensiva al pueblo: unos dicen... otros dicen... Nadie sabe realmente quién es Jesús.

Esta permanente duda nos hace pensar que Lucas conoce la idea de la reencarnación pero no la admite. Al menos, no la admite en la persona de Jesús. De hecho, y como queriendo zanjar esta cuestión, en su evangelio de la infancia dice: «...e irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos...» (*Lc* 1,17). El niño que va a nacer es Juan el Bautista, no otro; aunque tendrá el mismo espíritu y poder que tuvo Elías. No es que Juan sea Elías, es que su espíritu será igual al de Elías.

Lucas conoce la idea de reencarnación pero desde el principio de su evangelio marca la diferencia: resurrección no es reencarnación. ¿Qué dice Jesús al respecto?: «Y sucedió que mientras él estaba orando a solas... ¿Quién dice la gente que soy yo? Ellos respondieron: Unos que Juan el Bautista; otros que Elías... Les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Pedro le contestó: El Cristo de Dios. Pero les mandó enérgicamente que no dijeran esto a nadie (*Lc* 9,18-21; *Mt* 16,13-20; *Mc* 8,27-30).

Finalmente, los sinópticos al unísono desvelan el interrogante: Jesús es el Cristo de Dios. No hay reencarnación alguna, él es el Mesías esperado. No es, por tanto, ni Juan, ni Elías, ni profeta alguno. Pero al igual que sucedió en el A.T., ni Elías ni los apóstoles pueden comprender lo que está sucediendo. Esta realidad trasciende al tiempo, sucede más allá de la historia. Por este motivo les mandó enérgicamente que no dijeran esto a nadie. ¿Por qué? Porque únicamente en el camino interno de los caballos de fuego y de las lenguas ígneas puede aprehenderse el misterio. El creyente en su caminar hacia la cima del monte (Gólgota) ha de descubrir la gloria. La cima podrá tener cualquier

nombre (poco importa), pero allí ante la cruz de cada cual, se ha de oír la voz del centurión: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios» (Mc 15,39).

Pedro supo quién era realmente Jesús, el centurión también; sin embargo, no puede formularse esta verdad a no ser con la lengua de fuego. El órgano humano nada puede decir, por ello Jesús, manda enérgicamente callar.

La polémica expuesta la zanja el evangelista Juan desde el inicio de su escrito. Juan ha experimentado en su vida quién es Jesús y no permite duda al respecto; por esto adelantándose a sus contemporáneos hace la pregunta a Juan (la duda sobre Jesús es impensable en su evangelio: ¡Jesús es Dios!). «Y este fue el testimonio de Juan... ¿Quién eres tú?... Yo no soy el Cristo... ¿Eres tú Elías? El dijo: No lo soy. ¿Eres tú el profeta? Respondió. No. Entonces le dijeron ¿quién eres, pues, para que demos respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo? Dijo él: Yo soy voz del que clama... ¿Por qué, pues, bautizas si no eres tú el Cristo ni Elías ni el profeta?... (Jn 1,19-28).

Definitivamente el evangelista Juan desea enmudecer a todos aquellos que piensan en la reencarnación: Juan es simplemente Juan. Ciertamente que sus oyentes también deben de creer en la posible reencarnación: si no eres Elías, ni el profeta, ni Cristo, ¿quién eres?

La tesis del evangelista Juan no admite la reencarnación pero presupone un conocimiento de su existencia. De ahí que desde el primer capítulo de su evangelio desee marcar la diferencia de ambas formulaciones. ¿Por qué? Porque debió existir una forma de asimilar la idea de reencarnación a la de resurrección, toda vez que existía en la sociedad un cierto conocimiento de lo que era la reencarnación. Ahora bien, según fue asimilándose el mensaje de Jesús, ésta fue desapareciendo en dos fases: la primera, asimilándola a la de la resurrección, y la segunda, distanciándose totalmente; la resurrección implicaba y sigue implicando un orden de creencia distinto del conocido en este mundo, de ahí que siempre se recurra, como hemos observado, al enigma de Elías. «... y el que tenga oídos...».

### **33. Las religiones orientales y la reencarnación**

Le preguntaron a Sri Chinmog: ¿Cuál es el objetivo de la reencarnación? Respondió entre otras cosas: «No podemos realizar todo en la tierra en el transcurso de una sola vida. Si permanecemos en el mundo del deseo, no seremos nunca capaces de realizarnos... Cuanto más deseamos realizarnos, más buscamos otros nuevos... No hay límite para este proceso... Creéis que Dios nos va a permitir permanecer insatisfechos?... Si alguien desea ardientemente ser millonario en esta reencarnación y no lo ha conseguido, al término de su viaje, deberá regresar a este mundo hasta conseguirlo... al hacerse millonario advertirá que sigue siendo todavía en cierto sentido un mendigo... Si nos sometemos a los deseos, veremos que forman una procesión sin fin... Sabemos que si podemos realizar a Dios, encontraremos todo en El, porque todo existe en Dios... Dios no nos permitirá permanecer insatisfechos...

a no ser que revelemos y manifestemos la más alta divinidad en nosotros, nuestro juego no habrá terminado. No hemos finalizado nuestro papel en el drama cósmico y por ello debemos regresar y regresar al mundo...»<sup>10</sup>.

La reencarnación es una necesidad vital del hombre no realizado. La no realización parte del deseo. En último extremo el deseo de realización conduce, asimismo, al fracaso. Desear es morir, por tanto, morir al deseo es vivir. El deseo nos introduce en la ley de causa-efecto (llamada karma)<sup>11</sup>.

La causa produce un efecto que lleva inexorablemente a una nueva causa. El deseo satisfecho genera la necesidad de un nuevo deseo y así hasta el infinito. Las sucesivas reencarnaciones guardan una lógica en esta ley kármica. El mundo de la lógica en la que estamos inmersos reclama esta constante y necesaria evolución que sólo puede ser explicada desde la reencarnación<sup>12</sup>.

El budismo enseña la forma y manera de salir de esta perpetua rueda que gira y gira a través de las sucesivas reencarnaciones: hay que desechar el deseo. Hay que salir de la lógica mundana. Como Buddha, hay que abandonar el castillo de la ilusión y reencontrarse con uno mismo.

¿Qué produce el deseo en último extremo? Sufrimiento. ¿Cuál es el origen del sufrimiento? El deseo. Se impone, por tanto, paralizar todo pensamiento que engendre deseo para alcanzar la paz eterna.

La iluminación o nirvana es la paralización de todo pensamiento. El anonadamiento humano abre las puertas de la felicidad. ¿Acaso no fue el anonadamiento divino el que abrió al hombre las puertas de la eternidad?

La perfección, para un oriental, no reclama de Dios gracia alguna. Dios es una representación de perfección, no es un ser que reparte su gracia entre las creaturas. El hombre y sólo el hombre con su esfuerzo y meditación de la verdad, va depurando el karma, va acortando sus reencarnaciones hasta el momento en el que, desaparecido el deseo, alcanza la iluminación<sup>13</sup>.

---

<sup>10</sup> SRI CHINMOY, Muerte y reencarnación. Un viaje a la eternidad. Barcelona 1991, p. 52.

<sup>11</sup> «Karma: literalmente, acción. En el hinduismo y budismo se conoce con este nombre la teoría según la cual todas las acciones -actos, pensamientos y deseos- tienen una energía dinámica que se expresa en las sucesivas existencias a lo largo de edades sin cuento». Cf. ANÓNIMO: *Bhagavad-Gita, El más elevado exponente de la sabiduría oriental*. Madrid 1991, p. 174.

<sup>12</sup> Hay que salir del mundo de la lógica para destruir la ley del Karma. El mundo oriental tiene diversas escuelas, una de ellas, la escuela Zen, usa paradigmas llamados «Koan». «El Koan es una especie de encrucijada o de acertijo que no tiene solución, al menos solución desde una mente llamémosla lógica, razonable... El Koan es como las bienaventuranzas, como el sermón del monte». Cf. QUELLE, C.: *El Sufrimiento. Análisis desde la religión oriental. Biblia y Fe*, 62, 1995, p. 100.

<sup>13</sup> «El Karma es ley, no es gracia. Además, en la concepción budista del volver a nacer o de la reencarnación, no hay lugar para Dios». Cf. PASCAL, T.: *La Reencarnación*. Madrid 1995, p. 65.

Al no existir la gracia divina, sólo la reencarnación posibilita al hombre la ascensión hasta la cima de su yoedad. El encuentro con el yo presupone la pérdida del «ego»; entendiendo por «ego» la falsedad del yo que hemos ido creando a base de desear una y mil veces, en una y mil reencarnaciones, desterrar el sufrimiento.

Buddha enseña su camino óctuple que consigue desterrar el sufrimiento<sup>14</sup>. Sus enseñanzas van dirigidas, como el Zen, a trascender el pensamiento lógico. En dicha trascendencia no existe deseo alguno; en la paralización del deseo se alcanza el nirvana<sup>15</sup>.

¿Qué sucede cuando no es así? Que el individuo necesita continuar aprendiendo, necesita continuar deseando. La reencarnación es la respuesta a esta continua necesidad de deseo.

### **34. La Resurrección y la Reencarnación**

Hasta el presente hemos expuesto la idea que del «más allá» tenía el mundo bíblico. La evolución que en el tiempo fue teniendo el creyente israelita. La respuesta que la trascendencia va dando a la inquietud humana.

La respuesta que necesita el hombre prehistórico no reclama resurrección alguna: ¡le basta con vivir! Cuando va asumiendo y conociendo la vida, experimenta que ésta le trasciende; por lo tanto, si la pierde ha de existir un lugar donde poder esperar tiempos mejores. Este lugar es el «Sheol».

El «Sheol» bíblico es la respuesta del hombre de fe: Dios siempre soluciona el interrogante humano. El creyente, a través de las páginas bíblicas, va creciendo en sabiduría. Esta le conduce, cual pedagogía divina, hacia horizontes nuevos. El «más allá» se va desvelando y revelando. El «Sheol» está inmerso en el tiempo. Cristo reclama eternidad. El «Sheol» desaparece tras el mensaje evangélico.

El A.T. reconoce la historia de Dios. El tiempo de Dios. El pueblo de Dios. El devenir humano es el acontecer de Dios en el mundo que El creó. El tiempo y la historia es y existe gracias a Yhavé. El creyente inmerso en el tiempo de Dios, cuando lo trasciende, descansa en el tiempo de Yhavé: el «Sheol».

---

(Recomendamos esta obra del grupo Pascal a quien desee profundizar sobre el tema de la reencarnación).

<sup>14</sup> BHIKKHU BODDHI: La esencia del budismo. El noble sendero óctuple, Madrid 1992. En esta obra el autor va mostrando paso a paso el camino para desterrar el sufrimiento.

<sup>15</sup> Jesús de Nazaret, en una sociedad distinta vino a expresar la misma verdad: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente» (Mt 22,37). Cuando la mente, sin resquicio alguno está dirigida hacia Dios no existe deseo alguno que la dirija. Ese es, por tanto, el mandamiento mayor de la Ley. Cuando no existe deseo alguno, es cuando puede hacerse realidad el segundo precepto: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mt 22,39). La separación entre el yo y el tú desaparece. La ilusión queda abolida. Amar al prójimo es amarse a sí mismo.

¿Qué sucede cuando llega Cristo? Que en la pedagogía bíblica se inicia una nueva era: nuevos cielos y nuevas tierras para el hombre de fe. El A.T. ha quedado obsoleto: ha nacido el Nuevo Testamento.

El Nuevo Testamento reconoce no ya la historia de Dios, sino a Dios en la historia. La eternidad de Dios se hace «visible». El pueblo de Dios es trascendido para reclamar, como en los orígenes, la universalidad de Dios. El tiempo y la historia son una ilusión humana: la realidad no es temporal, ¡es eterna! El creyente trasciende el tiempo cuando Cristo trasciende la historia.

Así desaparece el «Sheol» con sus categorías temporales y el hombre de fe (= cristiano) puede asumir la vida más allá de la muerte. La muerte, como el «Sheol», pertenece al tiempo. La vida, como la resurrección, pertenece a la eternidad

La resurrección (lo hemos visto anteriormente) es la respuesta al «más allá» desde las categorías temporales y comunitarias en las que mentalmente creemos estar inmersos. Cuando a su vez estas categorías temporales son trascendidas, individualizadas (nada hay fuera de Dios) y situadas más allá del tiempo, la respuesta a la incógnita del «más allá» viene expuesta con categorías de vida continuada.

Todo lo expuesto pertenece a la evolución que, del «más allá», va adquiriendo el creyente. Dicha evolución no pertenece, de hecho, al «más allá», sino al «más acá». El tiempo (= no-hombre) necesita asumir la eternidad (= hombre, Cristo). Cuando llega Cristo a la historia, ésta se encuentra «preparada» para asimilar el misterio que se va a revelar. Ciertamente que Cristo trasciende toda expectativa humana; pero no es menos cierto que si la expectativa no existiera (Dios la fue creando en la historia), Cristo no habría expuesto la revelación evangélica.

¿Qué decir de la reencarnación? Toda la pedagogía bíblica del «más allá», ¿puede ser comparada con la reencarnación? ¿Por qué, si como hemos visto en los textos bíblicos, la teoría de la reencarnación era conocida en el mundo israelita, no fue tomada en consideración?

Antes de responder a estos interrogantes, hemos de tener en cuenta, que la respuesta que sometemos a la consideración del lector, la formulamos desde nuestra condición de católicos. Con ello queremos decir que partimos de la Biblia y de su universalidad. Ahora bien, la universalidad o catolicidad bíblica presupone el conocimiento de la unicidad o particularidad de cada pueblo. Es más, la universalidad hay que «aprehenderla» en la particularidad que cada creyente ha de vivir.

Desde la particularidad del mundo bíblico vamos a responder a la aparente (a nuestro juicio) contradicción entre el binomio resurrección-

reencarnación. Esto quiere decir que la respuesta desde otra concepción de la historia (por ejemplo la budista) podría tener diferentes connotaciones<sup>16</sup>.

Todo depende de las premisas desde las que se inicie el interrogante. En cualquier caso, la trascendencia siempre es la misma, aunque su captación en la historia parezca distinta. Formularemos, por tanto, nuestra respuesta desde los cimientos que hicieron posible la catolicidad del cristianismo: La Biblia.

¿Por qué no tomó en consideración el mundo bíblico la reencarnación si, como parece por los textos mencionados, conocía su existencia? Parecido interrogante nos formulamos hace años cuando nos preguntamos por qué el N.T. parecía desconocer la teología del «Sheol» a la vez que resurgía la teología de la «Gehenna»<sup>17</sup>.

En la problemática que nos ocupa vamos a tratar de responder siguiendo las mismas coordenadas. Por esta razón hemos expuesto en la primera parte de este ensayo la evolución que el mundo bíblico tuvo del «más allá». Lo que ayer era temporal («Sheol») se convirtió en eterno («Gehenna»). En uno y en otro lugar se experimentaba la muerte. La única diferencia entre ambos conceptos es que mientras en el «Sheol» es temporal, en la «Gehenna» (infierno) es eterna.

Antes de la llegada de Cristo la vida era temporal. Tras el mensaje evangélico la vida es eterna. El concepto de vida temporal reclama una muerte temporal («Sheol»), el concepto de vida eterna reclama, o bien continuar viviendo (= vida ininterrumpida-resurrección) o bien continuar muriendo (= «Gehenna»-infierno-) para aquél que no crea en la eternidad de la vida.

Desde esta concepción del «más allá», ¿dónde ubicar el concepto de reencarnación?

### ***a) Hipótesis de conciliación reencarnacionista en el A. T.***

En el A.T. la reencarnación suponía volver a vivir para poder realizar los sueños no alcanzados. Esto sucedería en el día de Yhavé. No se trata de una reencarnación en otro cuerpo, sino de una reencarnación en el mismo cuerpo. Ahora bien, ¿qué entendía el mundo bíblico por cuerpo? ¿La realidad física (= sarx), o la realidad somática (= el soma sustentado por el «nefes»)?<sup>18</sup>.

---

<sup>16</sup> Muchos autores han tratado de explicar la atrayente creencia de la reencarnación. Pocos tan sugestivos como el mundialmente conocido bajo el seudónimo de «Papus» (el «Papus» fue doctor en medicina). ENCAUSSE, G.: *La Reencarnación, la evolución física, astral y espiritual. El espíritu antes del nacimiento y después de la muerte*, Madrid 1986.

<sup>17</sup> QUELLE, C.: *Más allá de la muerte. La ciudad de Dios*, 187, 1974, 582-606.

<sup>18</sup> El «Nefes» es el cuerpo real, el que no está sustentado por la materia, sino por el Ruah (aliento divino). El cuerpo, desde la óptica cristiana, va más allá, trascendiendo incluso la propia individualidad. «Saulo, Saulo, por qué me persigues» (*Hech 26,14*). «La aparición sobre la que se fundó toda la fe y el apostolado de Pablo, fue la revelación del cuerpo de Cristo, no como un individuo, sino como la comunidad cristiana». Cf. A. T. ROBINSON, J.: *El cuerpo. Estudio de teología paulina*. Barcelona 1968, p. 86.

La brevedad de este trabajo no nos permite desarrollar estas diferencias, no obstante el creyente comprenderá lo que queremos decir con el siguiente ejemplo. Jesús en la cruz murió; su cuerpo físico, por lo tanto, estaba muerto. La sarx (materia) había dejado de vivir de forma humana (la realidad es que incluso la materia humana después de coexistir con el hombre, sigue viviendo y transformándose en otro tipo de materia). Sin embargo, Jesús sigue viviendo con su cuerpo, el mismo que tuvo en su humana existencia y que no debe confundirse con los órganos materiales. Al «ver» el centurión (y en este caso tampoco lo hizo con los órganos de la vista) exclamó: «Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios» (Mc 15,39b). Vio al Jesús resucitado, al Cristo que continuaba viviendo tal y como había expresado momentos antes al buen ladrón («Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso» Lc 23,43). Y «vio» esta realidad observando el cadáver de Jesús en la cruz. Conclusión: el cuerpo, en la Biblia, en el mundo semítico, no debe confundirse con la materia. Esta es el ropaje que necesita el cuerpo humano para expresarse en un mundo material.

Dado este supuesto podemos preguntarnos: ¿Cuándo en la Biblia se habla de volver a vivir en el día de Yhavé, ciertamente que se habla de hacerlo con el mismo cuerpo pero, puede ello implicar que el mismo cuerpo se encarne en otra materia? Interrogante que, ciertamente, no se plantea el semita, pues a él le preocupa la humana existencia y no su corporeidad material. Esta es común a todos los animales. «En nada aventaja el hombre a la bestia, pues todo es vanidad. Todos caminan hacia una misma meta; todos han salido del polvo y todos vuelven al polvo» (Qo 3,19).

La historia bíblica es la historia del hombre en cuanto ser divino (Cristo) y no en cuanto ser material (bestia). La encarnación o mejor, la reencarnación del cuerpo humano en el día de Yhavé era la respuesta al «más allá» en el A.T. pero sin preguntarse, de hecho, en qué materia se reencarnaría cada cuerpo. La materia, en cuanto polvo, no mereció consideración alguna en el mundo semítico.

Se ve, por tanto, que si bien la reencarnación era posible en las diversas sociedades por las que transitó el A.T., la forma en la que ésta se intuyó dependió, como es lógico, de las ideas que antropológicamente tenían dichas sociedades.

### ***b) Flinótesis de conciliación reencarnacionista en el N.T.***

La reencarnación presupone el deseo de volver a vivir para realizar lo no realizado. Incluso desde una óptica negativa, la reencarnación se impone como castigo para volver a vivir bien lo que en una vida anterior se vivió mal. La reencarnación es una depuración de vidas pasadas y una elevación hacia el eterno nirvana.

¿Por qué la teología neotestamentaria si conoce la reencarnación, dado que la cita en diversos textos, la relega finalmente al más absoluto de los

olvidos? Este olvido neotestamentario no significa que en los primeros siglos del cristianismo no siguiera existiendo la idea de la posible reencarnación. San Ireneo tuvo que exponer en su obra *Contra los herejes* el siguiente texto: «El Señor ha enseñado con claridad que las almas no pasan a cuerpos distintos» (II,34,1). Asimismo se dice que Orígenes fue condenado porque creía en la reencarnación<sup>19</sup>. De ahí que tuviera que escribir: «Es una doctrina extraña a la Iglesia de Dios, que no ha sido transmitida por los apóstoles y que no aparece en ninguna parte en las Escrituras» (*Comentarios a San Mateo*, XIII, 1).

Por supuesto que la doctrina de la reencarnación no ha sido transmitida. Aparecer, si que aparece (ya lo vimos), pero, ciertamente que no tal y como debieron entenderla en el siglo tercero de nuestra era.

El Nuevo Testamento olvida, aunque cita, la idea de reencarnación, igual que olvida la idea del «Sheol». ¿Por qué? Porque igual que la temporalidad del «Sheol» no puede abarcar la eternidad, la temporalidad de la reencarnación desaparece para aquel que ha alcanzado el nirvana.

Cristo nos muestra el camino para trascender al tiempo. Quien descubre los nuevos cielos y la nueva tierra, ha muerto al deseo. Ha subido hasta el Gólgota Y allí, junto a la cruz, *en la cruz*, clavado todo deseo y toda materia (el deseo proviene de escuchar la voz de la carne y no la del espíritu), se trasciende a la muerte y se alcanza la vida.

La resurrección o vida continuada implica morir a la muerte. Quien resucita ya no puede morir: «...todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás» (*Jn 11,26*). ¿Qué significa esta perícopa? Cristo nos muestra el camino para alcanzar la vida eterna. Alcanzar la eternidad es trascender la esclavitud del tiempo. Cuando el centurión exclama: «Verdaderamente éste era Hijo de Dios» (*Mt 27,54*), el cadáver que observa está en la cruz (=tiempo) pero Cristo está en el cielo (= eternidad): «Hoy estarás conmigo en el Paraíso» (*Lc 23,43*).

La reencarnación pertenece a la teología de los que no han alcanzado el cielo (=nirvana). ¿Qué sucede con aquellos que han trascendido al deseo (=tiempo)? Que no pueden hablar de muerte porque ya han alcanzado la vida. Por esta razón los evangelios, si bien conocen la posibilidad de la reencarnación, la «aparcen» definitivamente. ¿Cómo hablar de reencarnación si Cristo muestra el camino de la meta final? El creyente que ha experimentado la muerte de todo deseo, porque se ha hecho uno con Jesús en la cruz, no necesita reencarnarse para proseguir evolucionando. Ya no hay Karma que matar; todo ha quedado consumado en el Gólgota.

Igual que Buddha tras la iluminación, el cristiano tras la resurrección ha completado su cielo. Ya es uno con Cristo. Buddha era uno con todo lo creado.

---

<sup>19</sup> En su obra *Contra Celsum* escribe: «¿Acaso no está más en conformidad con la razón pensar que cada alma, por ciertas razones misteriosas es introducida en un cuerpo de acuerdo con sus anteriores acciones?»; o en su obra *De principiis*: «Toda alma... viene a este mundo fortalecida por las victorias o debilitada por las derrotas de sus vidas anteriores».

En El lo uno y lo múltiple formaban una realidad inseparable. El cristiano es uno en Cristo como Cristo es uno en Dios. Aquí también lo uno y lo múltiple forman una nueva realidad. La separación ya no es posible. Donde no hay separación la muerte desaparece («Ama al prójimo como a ti mismo»): El yo y el tú se unifican en el nosotros. Nosotros en Cristo y Cristo en Dios. La Trinidad se hace Una. ¡Y en el Uno, Todo!

¿Dónde ubicar la reencarnación? Cuando en el mundo oriental el iluminado alcanza el nirvana, no es necesario volver a reencarnarse. Cuando en el mundo cristiano el hombre alcanza el cielo, ocurre lo mismo. Se ve, por tanto, que la reencarnación no tiene ubicación posible porque, sencillamente, desaparece.

La reencarnación es una experiencia temporal y transitoria; la resurrección es la experiencia eterna y definitiva. Si los cristianos creemos que en Cristo queda recapitulada toda la historia, la reencarnación, como parte de dicha historia, queda, así mismo, asumida y transcendida.

El binomio reencarnación-resurrección, pertenece a la dualidad muerte-vida (=tiempo-eternidad). No existe contradicción, antes bien, todo lo contrario, la armonía se unifica en el todo de la universalidad católica.

#### **4. CONCLUSIÓN**

La tesis que hemos expuesto se ha realizado desde la óptica católica. El planteamiento podría ser distinto desde la creencia budista. Ahora bien, las conclusiones creemos que serían idénticas<sup>20</sup>.

Comenzamos nuestra exposición recorriendo brevemente las diversas formas de asimilar el «más allá», desde la creencia semítica. La evolución se impone también en el campo religioso. Dios siempre trasciende la realidad humana.

El hombre que descubre la vida, quiere poseerla. Primero, temporalmente, después, por toda la eternidad. Descubrir la eternidad presupone asimilar la temporalidad. El judío que ha asimilado la temporalidad, encuentra más allá de la historia un tiempo que denomina «Sheol» donde espera volver a vivir otro tiempo sin angustias ni sufrimientos (día de Yhavé).

El Antiguo Testamento pertenece a la teología del tiempo. Cuando Cristo, que es la eternidad, se hace tiempo, éste se hace eterno. El «Sheol» desaparece. ¿Cuándo se alcanza la eternidad? Si la pregunta se realiza desde el tiempo y de forma comunitaria, la respuesta es: cuando resucitamos. Si el interrogante se formula desde la visión de aquellos que ya han traspasado el tiempo y se individualiza, la respuesta es: el creyente sigue viviendo

---

<sup>20</sup> Si observamos la reencarnación tal y como se experimenta en una sesión regresiva (personalmente hemos realizado varias, antes de escribir el presente ensayo) es interesante cotejar el estado de conciencia alterada que se experimenta con los trabajos realizados por CAYCE, E.: *La reencarnación*. Barcelona 1994.

ininterrumpidamente tras la muerte. Soluciones bíblicas que armonizan las aparentes contradicciones en que se expresa la teología del «más allá».

Las mismas coordenadas exegéticas han sido expuestas al intentar despejar la contradicción existente entre resurrección y reencarnación. ¿Por qué en el Antiguo y en el Nuevo Testamento no fraguó la teología de la reencarnación? Porque, en primer lugar, los presupuestos antropológicos eran distintos. El antiguo Israel trascendió la simple materialidad. En el día de Yhavé cada creyente volvería a vivir con su propio cuerpo. Ahora bien, cuerpo no es sinónimo de físico. El elemento físico tras la muerte es simplemente cadáver. Al «Sheol» no va el cadáver, va el hombre. «Voy a bajar en duelo al "Sheol" donde mi hijo» (*Gn 37,35*). Jacob cree que su hijo José ha sido devorado por un animal feroz, por lo tanto no puede encontrarse con materialidad alguna cuando baje al «Sheol». No obstante él sabe que su hijo (=su cuerpo real, no su materialidad) está en el «Sheol».

La reencarnación aunque pudiera ser reconocida por el antiguo Israel (los textos sobre Elías parecen confirmarlo) no se preocupa por el elemento físico ya que lo trascendió desde su particular visión teológica.

El Nuevo Testamento culmina la pedagogía del Antiguo: Cristo no sólo trasciende la materia sino el lugar donde ésta se encarna: el tiempo. Si la reencarnación se realiza en el tiempo, ésta queda obsoleta cuando aparece la eternidad.

La reencarnación, aunque conocida por el nuevo Israel, no tiene razón de ser. Reencarnarse es una necesidad para aquél que necesita evolucionar. Quien alcanza el cielo ha culminado su evolución. ¡Ha resucitado! El que ha resucitado no necesita volver a reencarnarse porque ya ha llegado a la meta final. Se ve, por tanto, que reencarnación y resurrección lejos de excluirse se complementan. Una, la reencarnación, remite al tiempo; otra, la resurrección, remite a la eternidad.

Cristo, desde la creencia católica, no precisa reencarnarse; Buddha, desde la oriental, tampoco (aunque tanto uno como otro puedan hacerlo por el bien de la humanidad). ¿Acaso no forman parte del Todo (=Dios)? ¿Y si forman parte del Todo, Cristo y Buddha, no son Uno? Creemos que sí, dado que como cristianos, tras la muerte, confiamos en ser uno con Cristo para ser uno en Dios.

La resurrección si trasciende la reencarnación, trasciende el sentido de la propia corporalidad.

Fuera de Dios nada existe... y el que tenga oídos para oír, que oiga.